

sin duda perder sus glorias si sus discípulos pasaban más adelante que él; y así, para no quedarse atrás, vino á convertirse en discípulo de ellos. En su obra el *Origen del hombre*, publicada en 1871, más que el sabio circunspecto y sagaz, y que el gran genio inventor, parece un sectario, servil imitador de Hæckel (1). Pero, afortunadamente, en ese nuevo camino tiene ya pocos seguidores, y menos entre los hombres de saber indisputable.

Entre los primeros defensores de la evolución, que fueron modificando, esclareciendo, completando, corrigiendo ó exagerando las ideas fundamentales de Darwin, figuran, aparte de Hæckel y de su fiel seguidor O. Schmidt y de otros muchos decididos partidarios del evangelio del *Hombre-bestia*, Wallace, Romanes, Naudín, Spencer, Huxley, Lyell, Asa Gray, Lubbock, Cope, Hyatt, Brooks, Owen, Koelliker, Vogt, Moritz Wagner, Nägeli, Weissmann; Omalius d' Halloy, Gaudry, Ed. Perrier, Mivart, etc.

Hoy no se pueden contar ya los partidarios de ese sistema, que domina del todo en la ciencia (2); pero baste decir que entre ellos figura un número respetable, no sólo de protestantes, sino también de católicos distinguidos, de sacerdotes y de religiosos. Estos, viendo que la evolución es una teoría verdaderamente científica, que está llamada á triunfar, si es que no ha triunfado ya, comprenden que su deber es, no contradecirla, sino aceptarla y tratar de armonizarla con la verdad revelada.

(1) El F. Z. Martínez (*Ob. cit.* p. 197) no vacila en expresarse de esta manera categórica: «Creemos en la sinceridad del *Origen de las especies*, pero nunca en la honradez y lealtad científicas de *La descendencia del hombre*».

(2) El Abate Boulay confiesa (*R. de Lille*, Febrero, 98, p. 290) que en Francia, las doctrinas evolucionistas «reinan, con algunas restricciones individuales, en todas las grandes escuelas; de ahí han penetrado por los manuales en las escuelas secundarias y primarias; y, vulgarizadas por el libro y el folleto, acabaron por alcanzar á todas las esferas sociales».

§ X. Teorías espiritualistas.—Evolucionistas católicos.

Wallace, que tuvo la gloria de descubrir la selección al mismo tiempo que Darwin é independientemente de él y que, por lo mismo, es con razón tenido por cofundador de esta teoría, procuró mantenerse siempre más ó menos circunspecto y protestar contra las exageraciones que se cometían al extender la evolución hasta el hombre. Otros naturalistas procuraron mostrar la insuficiencia de la selección, y sustituirla por otros factores de un orden transcendental, ó bien completarla con ellos.

Entre esos escritores figura en primera línea el distinguido teólogo católico y eminente naturalista G. Mivart, quien probó magistralmente la impotencia de la selección mecánica é hizo ver cómo la evolución no puede realizarse sin un plan providencial y sin una tendencia innata en los organismos, encargada de ejecutarlo. Sus argumentos son tan sólidos y preocuparon tanto al mismo Darwin, que se vió forzado á reconocer que ofrecían un *aspecto formidable*.

Pero el ilustre apologista, que tuvo la gloria de ser uno de los primeros y mejores defensores de la evolución y de apoderarse de esta arma tenida por enemiga, incurrió ciertamente, en lo relativo al hombre, en exageraciones peligrosas que alarmaron á muchos católicos y protestantes y le acarrearón serios disgustos. Si bien reconoce y defiende con energía la creación del alma racional, cree y sostiene que el cuerpo humano no es

obra inmediata de Dios, según enseña la tradición unánime, en conformidad con el texto clarísimo de la Escritura; sino que es del todo obra de la evolución. El escándalo llegó á tal punto, que repetidas veces fueron sus obras denunciadas á la Inquisición romana. Sin embargo Pío IX, lejos de hacer caso de tantas acusaciones contra un católico tan distinguido, decretó *motu proprio* condecorarlo con las insignias de doctor. Esto fué un triunfo solemne que hizo enmudecer á muchos adversarios; pero fué triunfo pasajero. Aquella distinción del Papa era obra de prudencia y á la vez un justo premio á la ciencia y buena fe del insigne apologista inglés. Mas las denuncias siguieron; y examinadas dichas obras, algo debió aparecer en ellas muy censurable, cuando por fin han sido puestas en el *Indice*.

Antes de que esto sucediera, el eminente Cardenal González dijo que se guardaría muy bien de condenar la teoría de Mivart mientras la Iglesia la tolerara; mas con todo, dejó traslucir muy á las claras que la tenía por peligrosa. Así es cómo propuso una modificación, al parecer, sencilla, pero realmente capital, con la cual resultaba perfectamente ortodoxa y segura (1). Esa modificación consiste en hacer intervenir la evolución más bien como causa material que como eficiente. Dios hizo de por sí, inmediatamente, el cuerpo humano, á la vez que creó el alma; con esto quedan á salvo el sentido literal del texto bíblico y la interpretación tradicional. Pero la materia de ese cuerpo no la tomó inmediatamente del lodo sin organizar; la tomó del lodo ya organizado y preparado mediante la obra de la evolución. Tomó esa materia de un organismo el más parecido al

(1) V. Corluy, en la *Science Cathol.* Dhre. 94, p. 68, y sig.

que trataba de formar, y por Sí mismo la modificó é hizo de ella un cuerpo verdaderamente humano.

Nos extraña mucho que ciertos autores, y entre ellos Nadaillac y el P. Zahm, que tanto respeto muestran al ilustre Cardenal, tengan esa hipótesis por inaceptable, diciendo que no es tan lógica como la de Mivart y que es preciso atenerse á ésta en todo ó desecharla por completo. Nos extraña, repetimos, que el P. Zahm (que también es doctor nombrado por el Papa) se incline aún manifiestamente por la opinión de Mivart, cuando las obras de este sabio han sido ya puestas en el *Indice* (1).

Otros católicos distinguidos se han declarado ya hace años abiertamente por la evolución. Prescindiendo de los muchos apologistas que, lejos de temerla, la admiran y, aunque sin decidirse por ella, confiesan que desearían verla triunfante, la han defendido abiertamente el ilustre paleontólogo español, Sr. Landerer, nuestro hermano de hábito el P. Leroy, el Abate Smets, el Abate Guillemet, el Dr. Maisonneuve, el Sr. Guibert S. S., etc, y últimamente el citado P. Zahm. Y desde un principio la defendieron ya otros tan sinceros creyentes como eminentes naturalistas, por ejemplo Omalius d'Halloy y Gaudry.

El P. Leroy publicó en 1887 un librito intitulado *L'Évolution des espèces organiques*. Como este trabajo encontró bastante oposición, y por otra parte era demasiado breve é incompleto, el autor lo refundió, completándolo, corrigiendo muchas deficiencias, y respondiendo con bastante acierto á sus detractores, publicando en 1891 ese nuevo trabajo con el título de *L'Évolution restreinte*

(1) Sin embargo, debemos confesar que no nos consta cuál fué la causa principal de la condenación de esas obras; quizá haya sido otra, y no la teoría mencionada. Pero sospechamos que ésta debió influir bastante.

aux espèces organiques. Es ésta una obra seria, que contiene raciocinios solidísimos é irreplicables; y ha contribuído poderosamente á desvanecer las prevenciones que muchas almas timoratas abrigaban en contra de la nueva doctrina. Pero tanto en esta publicación como en la anterior, hay varias exageraciones. En primer lugar, concretándose el P. Leroy á defender la evolución, sin precisar el alcance que tiene, parece que defiende una teoría excesivamente avanzada, dando á los hechos y conclusiones una generalidad que no admiten. Parece que no reconoce ningún límite á la mutabilidad, dentro de cada una de las dos escalas vegetal y animal, prescindiendo únicamente del hombre. Y aun en cuanto á éste, adopta en sustancia la hipótesis de Mivart; pues aunque pretende rechazarla y sostiene como necesaria la formación inmediata del cuerpo del hombre por mano de Dios, reduce esta formación á la simple infusión del alma racional. Esto no difiere más que en las palabras de la opinión de Mivart. Así es que esa interpretación le ha merecido censuras que tenemos por justas. En ese caso, el primer hombre podría llamarse en todo rigor hijo del antropeídeo de donde provino su organismo; pues lo sería con tanta propiedad como cualquier hombre lo es de sus padres.

Ultimamente, el P. Zahm publicó la interesante obra *Evolution and dogma*, que ha merecido grandes elogios del público (1), y que ha sido traducida en seguida al italiano. En ella condensa admirablemente cuanto necesita un apologista saber acerca de la evolución, exponiendo con suma claridad los principales argumentos que militan en favor de ella, mostrando la armonía que guarda con el dogma y refutando á la vez con acierto á los evolucionistas sistemáticos, bien sean

(1) V. sobre todo al Abate Hamard, *Science Cathol.* Febrero, 97; p. 268.

materialistas ó agnósticos. Sin embargo, esta obra peca de las mismas exageraciones que la del P. Leroy y aun de otras más censurables. Aplaude las cavilaciones de Hæckel acerca de la desmentida generación espontánea; se inclina por la hipótesis de Mivart en cuanto á la formación del cuerpo humano, y finalmente, acepta el evolucionismo en la más amplia acepción de la palabra, diciendo que es preciso optar por la evolución ó por la creación de todas las especies, sin darse medio.

Nosotros creemos, por el contrario, como ya hemos dicho más arriba, que hay un justo medio; creemos que dentro de cada una de las dos escalas hay ciertos límites infranqueables á la evolución; que hay, en una palabra, tipos orgánicos irreductibles, los cuales se remontan á la obra inmediata de Dios, según se nos refiere en los días del Génesis; y que sólo en las especies contenidas en cada uno de esos tipos, es donde se realiza la evolución espontánea.

Ésta es también la opinión del eminente paleontólogo Gaudry, de ese incomparable maestro de la evolución en las edades geológicas, tan admirable por sus profundísimos conocimientos, como por su moderación y sus arraigadas convicciones cristianas. Él es quien contribuyó más que nadie á hacer aceptable el nuevo sistema, aun á los ojos de los sabios más exigentes y de los exégetas más escandalizados. En sus obras sobre los *Encadenamientos del mundo animal en los tiempos geológicos*, ofrece hechos tan numerosos como contundentes en favor de la evolución; pero de una evolución limitada. Sus argumentos no han tenido réplica; y los adversarios se ven precisados á reconocer el inmenso alcance de sus investigaciones, precisamente por ser tal su moderación, que él es el primero en hacer constar las deficiencias

del sistema ó, mejor dicho, las lagunas que hay entre unas y otras series de encadenamientos orgánicos.

De sus trabajos se desprende claramente, y el mismo autor lo declara, que dentro de las *clases* orgánicas hay, por regla general, un encadenamiento verdadero; pero de unas clases á otras, no sólo no se advierte ese encadenamiento, sino que se descubre manifiestamente su ausencia; se nota que hay lagunas imposibles de llenar; se ve, en una palabra, no una serie de evolución continua, sino varias series inconexas. Así, al empezar cada una de esas series, se necesita recurrir á una intervención especialísima del poder creador que, por lo mismo, como el autor lo hace constar expresamente, tuvo que intervenir repetidas veces con creaciones ó producciones especiales en la sucesión de las edades geológicas.

Por otra parte, el profundo sabio hace resaltar á todas horas la insuficiencia de la selección ciega y mecánica para explicar la evolución, y no se cansa de celebrar el admirable plan providencial que la dirige y la realiza, á la vez que la *infinita grandeza, bondad y sabiduría* del Autor soberano del Universo, que tan claras resplandecen en la evolución, mirada con ojos sencillos y sin el prisma del apasionamiento sectario. No contento con esto y con mostrar que la evolución no implica de ninguna manera las consecuencias funestas de los partidarios sistemáticos, toma de ella poderosos argumentos para probar la existencia de un Dios personal, infinito, poderoso y sabio, y para combatir el materialismo grosero y el repugnante panteísmo.

§ XI.—Nuestra Teoría.

Los trabajos de Gaudry, tan razonables como moderados, nos han dado no poca luz en estos difíciles estudios, y preservado de exageraciones á que nos vimos expuestos.

En efecto; ya hemos dicho que, cuando nos decidimos por la evolución, el entusiasmo, propio del que abraza nuevas y deslumbradoras doctrinas, nos expuso á ciertas exageraciones análogas á las del P. Leroy y del P. Zahm. Creíamos que todo iba á ser mutabilidad y transformaciones que debían realizarse á lo largo de las dos escalas orgánicas, sin límite ninguno; que cuanto más extenso y exagerado fuera el transformismo, tanto era más grandioso, como si lo verdaderamente grande no fuera la simple verdad, sin mezcla de exageración.

Opinan muchos escolásticos, entre ellos el Cardenal Zigliara y el P. Leroy, interpretando á su manera ciertos pasajes aislados de Santo Tomás, que todas las bestias son esencialmente idénticas, porque todas son simplemente *sensitivas*, y que idénticas esencialmente son todas las plantas, porque todas son *vegetativas*; de modo que, según ellos, los animales, metafísicamente considerados, constituyen sólo dos especies propiamente dichas, la *racional* y la *sensitiva*, y los vegetales una sola. Esta opinión nos permitía esperar la realización de una serie ó encadenamiento no interrumpido, entre los animales irracionales, y la de otro entre los vegetales. Todo lo accidental es mudable y se muda en circunstancias

á propósito; si, pues, los animales entre sí, y los vegetales convienen en lo *esencial* y sólo por caracteres *accidentales* difieren, podemos esperar ver, así dentro de los irracionales como de los vegetales, una constante mutabilidad.

El haber tomado el asunto con calma y el estudiarlo á sangre fría, nos libró de yerro tan lamentable. Por de pronto, nos pareció que esa opinión, sobre violentar la doctrina del Angélico, era poco conforme con la realidad de las cosas. La naturaleza esencial sólo por sus operaciones ó manifestaciones podemos conocerla; y como quiera que éstas son esencialmente diversas en muchísimos animales, síguese que aquélla también lo será. Si las manifestaciones vitales de un pólipo, por ejemplo, y las de un caballo, de un elefante ó de un mono, revelan vida esencialmente idéntica, no sabemos cómo ni dónde se podrán señalar diferencias esenciales.

Pero lo que más eficazmente contribuyó á extinguir el primitivo entusiasmo susodicho fué el estudio de la misma realidad. Esta nos mostró que la evolución no era tan amplia como pensábamos, que la mutabilidad y las mutaciones tenían límites mayores de lo que podíamos imaginar. Estudiando con diligencia en la misma naturaleza y en varios de los mejores museos cuantos ejemplares pudimos, sobre todo, de los que más convenían á nuestro propósito, y, otras veces, valiéndonos de los trabajos de los naturalistas más competentes en la materia, y especialmente de los de Gaudry, vimos que, á lo mejor, faltaba el encadenamiento que esperábamos y que lo había donde menos pudiéramos suponerlo. Si la mutabilidad fuese tan extensa como debía serlo á nuestro parecer, podría reconocerse de una manera ó de otra en las variadísimas circunstancias que se han ofrecido

en el tiempo y en el espacio. Así es que, cuando no la hallábamos en tal circunstancia, la buscábamos en otra ó en otras muy distintas. Si á veces hallábamos en otra parte lo que al principio no habíamos hallado, otras veces, en lugar de formas de transición que indicasen esa mutabilidad y el encadenamiento consiguiente, lo que descubríamos eran formas que hacían resaltar más el contraste, eran las extensas y profundas lagunas que hay interrumpiendo las series de encadenamiento. Tanto la Paleontología como la Zoología y Embriogenia vinieron á mostrarnos la exactitud de las afirmaciones de Gaudry, conviene á saber: que el encadenamiento, y por consiguiente, la evolución, existen sólo por regla general, en las clases. De unas clases á otras, lejos de notarse transición, nótese verdadero aislamiento é independencia. Esto es tan cierto, que el mismo Darwin, con pretender deducir por analogía la consecuencia de que todos los animales proceden de unos cuatro tipos primitivos, y éstos quizá de uno solo, al querer mostrar las señales características de un verdadero parentesco, se circunscribe siempre á las *clases*.

El mismo Santo Tomás acabó de confirmarnos en esta opinión, pues, aunque á veces dice, por ejemplo, que «el hombre conviene con los demás animales en *género*, pero que difiere de ellos en *especie*», de donde deducen los PP. Zigliara y Leroy que las bestias constituyen una especie única, en realidad no quiere decir sino que *animal* es *ultimum genus* con respecto al hombre. De esas palabras no se reduce que, en opinión del Santo, no quepan con respecto á las bestias otros *géneros inferiores* y, por de pronto, *muchas especies*. No basta que todos los animales convengan en la sensibilidad: en ésta caben órdenes ó *grados*, lo mismo que en la intelectualidad,

capaces de constituir *naturalezas esencialmente diversas*, y por lo tanto, *diversas especies*. Tanto es así, que, para probar que en la naturaleza angélica hay diferencias esenciales ó específicas, el Santo Doctor se vale de la analogía con lo que sucede en la naturaleza sensitiva, donde dice que hay *distintos grados esenciales* que constituyen *verdaderas especies* (1). El Angélico afirma, pues, expresamente que los animales no son todos de la misma especie; y decir lo contrario lo tiene por un absurdo (2). En este punto no cabe duda de la mente del gran maestro, siendo extraño que tomistas doctísimos le atribuyan lo que él tan explícitamente reprobó.

Pero si hay en los animales verdaderas especies en todo rigor ontológico, como las admite Santo Tomás, es de advertir que esas especies no corresponden á lo que los naturalistas designan con ese nombre, sino á otras categorías mucho más elevadas. El mismo Santo toma la palabra *especie* en una muy amplia acepción, y designa como especie, por ejemplo, las *arañas*, las *moscas*, las *mariposas*, etc.

He aquí, pues, la clave de nuestra teoría y lo que nos permitió concordar nuestras convicciones filosófico-tomistas con la manifiesta mutabilidad de las especies orgánicas: la palabra *especie* tiene, como hemos ya dicho en el § VI, acepción completamente distinta en Metafísica y en Historia Natural.

Ampliando lo allí indicado, ya que este punto es

(1) "Sicut non omnia sensibilia sunt unius speciei, ita nec omnia intellectualia." (1.^a P., q. 75, a. 7.^o, ad 2.^o). Y en otro lugar (q. 50, a. 4.^o, ad 1.^o): *Differunt ergo speciei animalia irrationalia secundum diversos gradus nature sensitiva. Et similiter angeli differunt specie secundum diversos gradus nature intellectiva...*

(2) "Alioquin oporteret quod omnia animalia irrationalia essent unius speciei...—Id., *ibid.*

de excepcional importancia en nuestra obra, volvemos á decir que lo designado por los naturalistas con el nombre de *especie*, se funda sólo en caracteres de suyo idénticos á los que constituyen las *razas*, en caracteres accidentales y, por lo mismo, mudables, en caracteres que pueden desaparecer sin que el sér deje de ser *lo que es*, en caracteres que, como pueden ser perdidos, pueden ser también adquiridos, y dé hecho se van adquiriendo gradualmente durante la evolución individual ó, como se dice, *ontogénica*, sin que el sér pierda por eso ni gane nada en su naturaleza esencial, y que de la misma manera pudieron y debieron irse adquiriendo en la prolongada evolución específica ó *filogénica*, sin que por eso la naturaleza se alterara, ni hubiera, por lo mismo, cambio en los constitutivos de la especie metafísica.

Ésta se funda en la naturaleza verdaderamente esencial, y, por lo mismo, es tan inmutable como la misma esencia, en la cual no se concibe la menor mudanza, sin que el sér deje de ser *lo que es*, y, por lo tanto, sin que se destruya. La especie metafísica es, pues, tan inmutable como los arquetipos divinos que la representan; tan inmutable como los números, en que la menor adición ó substracción constituye otro número distinto; tan incompatible con otras, tan irreductible, tan intransformable, como dos figuras geométricas, por ejemplo, el cuadrado y el círculo, según expresión del mismo Angélico (1).

(1) V. *Summa contra Gentes*, lib. II, cap. 95; y 1.^a 2.^a Quæst. 52, art. 1, donde añade: "Illud secundum quod sortitur aliquid speciem, oportet esse fixum, et stans, et quasi indivisibile; quecumque enim ad illud attingunt, sub specie continentur; quecumque autem recedunt ab illo vel in plus, vel in minus, pertinent ad aliam speciem vel perfectiorem, vel imperfectiorem... Et ideo omnis forma, que substantialiter participatur in subjecto, caret intensione et remissione..."

Con esta distinción tan razonable, tan sencilla y tan natural pueden avenirse perfectamente los más aferrados partidarios de la fijeza, con los más decididos transformistas, siempre que no se dejen llevar de la ciega prevención y busquen sólo la verdad. Los primeros fundan su convicción, si es que la tienen, quizás exclusivamente en ideas filosóficas, y éstas quedan del todo á salvo; los últimos en la mutabilidad que observan en la naturaleza, y éstos pueden admitir toda suerte de transformaciones en los caracteres orgánicos ó fisiológicos, con tal que permanezcan intactos los verdaderos constitutivos de la naturaleza esencial, ó sea, de la especie ontológica. La cual, si no es una palabra vana, si es una verdad natural, debe tener verdadera correspondencia en la realidad de las cosas; pero no se realiza en la llamada *especie orgánica*, no se corresponde con ella que, en cuanto tal, no tiene nada que ver con la esencia íntima; sino con otras categorías más elevadas, á nuestro juicio, con las *clases*. Estas sí difieren esencialmente, si constituyen especies distintas en todo rigor ontológico. Así, por ejemplo, los peces, las aves y los mamíferos difieren en la naturaleza esencial; por lo mismo no cabe transformación espontánea de una de estas clases á otra; pero dentro de cada una de ellas podrían en absoluto realizarse toda suerte de transformaciones, pues á pesar de todo eso, persistiría la misma naturaleza.

Con sola esta distinción entre la especie *orgánica* y la *ontológica* hemos visto desorientados, si no convencidos, á muchos que por sus ideas filosóficas se creían firmemente persuadidos de la falsedad del transformismo. Y si esto no les bastaba, tenían que ceder en seguida en presencia de la realidad: no había más que presentarles dos especies afines, ¿y qué digo afines?, dos especies

del mismo tamaño, pero de distinto género y aun de distinta familia, de insectos, moluscos, peces y aun de pájaros poco conocidos, y preguntarles si veían en ellas diferencias realmente esenciales, verdaderas naturalezas distintas. Cualquiera que se preciara de tener alguna idea filosófica de la especie, decía sin vacilar: «esas no son especies, serán variedades ó razas; ahí no puede haber diferencia esencial, todo eso en que difieren son caracteres accidentales». Pues he ahí, replicábamos, las verdaderas especies orgánicas, he ahí lo que los naturalistas llaman *especie*, he ahí las especies tal y cual que difieren hasta en género ó hasta en familia, y, por consiguiente, más que el asno y el caballo, ó que el perro, el lobo y la zorra, etc.

Si, pues, á estas más familiares las considera usted como esencialmente distintas, no es porque tenga para ello fundamento sólido, sino por haberles atribuído inconscientemente, al ver que todos las llaman especies, la idea preconcebida de la especie metafísica.

Resulta de aquí que la gran divergencia entre transformistas y antitransformistas es en el fondo, más bien cuestión de nombre, que nace de suponer que, pues la especie *ontológica* y la *orgánica* se designan con idéntica palabra, se corresponden ó son una misma realidad.

El P. Leroy cayó también en la cuenta de la diversa acepción de la palabra *especie* en Metafísica y en Historia Natural; pero, lejos de hacer hincapié y de sacar de ahí todo el partido que debía, dice que, si la especie metafísica corresponde á algo en la ciencia, es á las categorías elevadísimas que se llaman *reinos*. En esto, en medio de la exageración, hay cierto fondo de verdad; pero él pasa adelante y se engaña lastimosamente, al

dar á entender que esa especie, aunque de suyo inmutable, es un simple *concepto abstracto*, una *idea*, la cual no sabemos si en la realidad tiene ó nó correspondencia, y que no tenemos por qué preocuparnos de esos *conceptos abstractos*, de esas *especies ideales é inmutables*, sino sólo de las *reales* y mudables, ó sea de las *orgánicas*. Esto, como se ve, conduce al nominalismo, cual es suponer que los universales, es decir, las especies y los géneros, según se estudian en Metafísica y Lógica, no tienen ningún fundamento real y son palabras huecas. En esta misma equivocación vino á incurrir el P. Zahm, que sigue en este punto las apreciaciones del P. Leroy, poniendo aún más de relieve el nominalismo que entrañan.

Más acertado estuvo Guibert (1) al establecer de una manera clara el transformismo restringido diciendo: «la especie metafísica (la esencia) es inmutable, pero la orgánica es mudable; aquélla no debe corresponder á ésta, sino á categorías más elevadas. Las especies orgánicas no difieren en esencia». En esto estaba del todo en lo cierto, mas se engaña en seguida, al ponerlo en duda y decir que, dado que la especie metafísica correspondiese á la orgánica, no habría inconveniente en sostener que la misma naturaleza esencial puede llegar á transformarse.

No insistimos sobre esta cuestión, que debemos desarrollar en el Libro segundo; baste decir por ahora, en conformidad con el Doctor Angélico, que la especie la establece y caracteriza la identidad del principio vital (2). Mientras éste no difiera esencialmente, no constituya en la naturaleza sensitiva un grado distinto, la especie ontológica es la misma, sean cuales fueren las

(1) *Les Origines*, p. 74.

(2) Véase también á Alberto Magno, *De Animalibus*, lib. 20, tract. 2, c. 6.

diferencias orgánicas y aun fisiológicas; pues vemos que éstas pueden variar en todo durante el desarrollo de un individuo sin que él cambie por eso de esencia, ni por lo mismo, de especie. Permaneciendo el mismo principio vital, habrá evolución, habrá *transformación orgánica*, pero no *esencial*; faltando ese principio, no hay tampoco transformación espontánea, hay destrucción de un viviente. Así, no se concibe que haya en los organismos transformación espontánea de una especie metafísica á otra.

Pero dentro de la especie metafísica, ó lo que viene á ser lo mismo, dentro de la clase orgánica, caben toda suerte de evoluciones ó transformaciones. La especie metafísica puede ofrecer en distintos individuos, simultánea ó sucesivamente, tanta diversidad de formas y de funciones fisiológicas, cuanta es la que una misma vida puede ir ofreciendo sucesivamente en un individuo. Por esto, se concibe muy bien que tanta variedad de especies orgánicas, como caben dentro de una misma *clase*, hayan podido derivarse de una sola forma prototípica tan sencilla, tan homogénea, tan diminuta, como es aquélla por donde un individuo cualquiera comienza hoy á ser *lo que es*. Bastaba, por lo tanto, que Dios creara ó produjera, en un principio, esas formas prototípicas de cada clase, es decir, los primeros representantes de cada especie ontológica, para que esas formas, en virtud de la energía vital contenida en ellas, fueran poco á poco desarrollándose y diferenciándose en el tiempo y en el espacio, y vinieran á constituir toda la diversidad de especies orgánicas. Y si esto bastó, debió suceder así, y no podemos dejar de suponerlo, mientras no conste ciertamente lo contrario; pues sabemos que en el orden natural, Dios obra siempre de la manera más natural, y no

hace de por Sí lo que puede hacer mediante las causas segundas. De donde se infiere que el agente principal de la evolución orgánica no es la selección natural, como sostenía Darwin; ni la influencia del medio ambiente, como decía Geoffroy; ni las nuevas necesidades, los hábitos, el uso y desuso, como creía Lamarck. Todas estas cosas pueden, sí, favorecer, y de hecho favorecen la evolución; pero sólo como agentes ó factores secundarios y subordinados; el factor principal, el verdadero agente de la evolución, el que la dirige y la produce, el que subordina y encauza todas las influencias mecánicas, es un impulso interior, esencialmente teleológico y esencial al mismo viviente, impulso comunicado en un principio por el Creador para realizar su plan providencial. Y ese impulso no es otra cosa sino la *idea directriz* que, según expresión de Claudio Bernard (1), se revela hoy en el huevo para llevarlo felizmente á su debido desarrollo; es el mismo principio vital, la misma vida que, así como produce ordenadamente el desarrollo individual, viene produciendo, desde que Dios la encarnó en el primer germen con la facultad de desarrollarse y originar nuevos y nuevos individuos, la portentosa evolución específica.

Pero cuando un principio vital ha dado todas las manifestaciones posibles; cuando el orden natural clama por otra suerte de manifestaciones distintas, por la revelación de otra vida diversa, entonces ese principio vital no da origen á otro diferente, sino que interviene el Creador para crear ó producir de por sí una nueva vida, y encarnarla en un germen que resultará esencialmente distinto de los precedentes, y que dará principio á la evolución de una nueva serie de especies orgánicas, las

(1) *La Science expérimentale*, p. 52, 132, 207 y sig.

cuales constituirán todas otra especie metafísica. Esta especie no se deriva, pues, por evolución ó transformación espontánea de las precedentes, sino que reclama una intervención inmediata del Creador.

Mas al producir Dios un nuevo principio vital y prepararle un organismo adecuado, no prescinde de las causas segundas en nada de lo que naturalmente puedan contribuir á esa obra; y esas causas, si no pueden intervenir en la producción de ese principio vital, por ser simplicísimo, pueden preparar de algún modo el organismo. Así que, al producir Dios ese organismo adecuado, no lo toma directamente del lodo, de los elementos minerales sin ninguna preparación; pues Dios, que todo lo hace con admirable sabiduría y economía, teniendo materia bien dispuesta, no se concibe que, prescinda de ella y tome precisamente la más desproporcionada para la obra que medita. La materia para ese organismo la toma Dios, en una palabra, de los organismos preexistentes, más semejantes al nuevo, y se reduce por su parte á disponerla suficientemente para que resulte adecuada al nuevo principio vital. Esta adaptación no podía ser obra de las vidas ya existentes, porque cuantas modificaciones produjeran, serían en perfecta adaptación consigo mismas, y por lo tanto, en desproporción con otra vida diversa. Pero la obra de Dios pudo reducirse á modificar ligeramente un germen preexistente, y que apenas diferiría en nada de los de la especie que trataba de producir, é imprimirle otra tendencia, otra evolución distinta.

Así se explica que no haya perfecto encadenamiento de unas clases á otras, porque, aun cuando haya podido haber derivación en cuanto á la materia primitiva de los organismos, no la hubo en cuanto á la vida; la transición

no se realizó espontánea y gradualmente, sino bajo el impulso del Creador. Por eso hay discontinuidad en la serie evolutiva.

Esta procedencia de los organismos, tomados por Dios de otra especie ontológica preexistente, nos da la clave de muchos enigmas, nos explica esas analogías más ó menos remotas entre series inconexas; porque si no media verdadero *parentesco*, que podemos llamar *vital*, verdadera comunidad de procedencia en cuanto á la vida; media cierta comunidad de origen material, cierto *parentesco* que llamaremos *orgánico*. Y así, nada extraño es que se resientan de esa manera de procedencia, que presenten á veces, por ejemplo, vestigios de órganos que no les hacen falta, pero que tampoco les dañan, ni menos les repugnan.—Esto sería inexplicable, si Dios hubiera creado esas formas irreductibles con entera independencia de las precedentes; pero se concibe y se explica bien, si se contentó con infundirles una nueva vida y prepararles un organismo ya existente, en el cual no había por qué suprimir lo que, si no favorecía, tampoco dañaba.

§ XII.—Plan y resumen de esta obra

No estará de más ahora dar una idea general del plan de esta obra, y hacer un breve resumen de ella, para que se vea mejor el fin que nos propusimos, y el alcance que pueda tener la teoría mencionada.

Constan estos estudios de *ocho libros*. En este primero, *La Evolución y la Mutabilidad*, tratamos únicamente

de probar la verdadera mutabilidad de las formas orgánicas, llamadas específicas, de establecer las bases del transformismo ó de la evolución, sin preocuparnos apenas de su amplitud. El punto capital es la idea que se debe tener de la especie orgánica: si ésta corresponde al concepto de la especie metafísica, si cada especie es un tipo real, esencialmente distinto de los otros, y por lo tanto, irreductible á ellos, é incapaz de ser producido sino por el mismo Creador; ó si representa una colectividad más ó menos artificial ó convencional, un grupo de formas relacionado, emparentado con otros grupos análogos, procedentes todos de la diversificación y desmembración de una forma común primitiva y producidos, en una palabra, no inmediatamente por Dios, sino en virtud de una ley natural.

Si sucede lo primero, las especies son capaces de una definición absoluta y precisa, deben estar perfectamente deslindadas unas de otras, así como también de las razas que dentro de una misma forma específica se van produciendo en nuestros días, y deben ser, como irreductibles, fijas é incapaces de fundirse unas con otras; si lo segundo, resultará todo lo contrario: las especies serán incapaces de definición absoluta y precisa, aparecerán simplemente como razas más antiguas que las ordinarias y, por lo mismo, más consolidadas y estables, pero en realidad capaces de las mismas mudanzas que ellas, con las cuales vendrán á confundirse en parte, y en parte con los géneros; y podrán en algunos casos relacionarse tan estrechamente unas con otras, que no haya modo de distinguirlas con seguridad, llegando á veces hasta fundirse entre sí como las simples razas.

Pues esto es lo que sucede: no ha sido posible definir la especie como una realidad absoluta, sino sólo